

## Uno

La legión Albana había apostado centinelas frente a su cuartel general.

Memnón estaba agazapado en la sombra de una de las tiendas de los oficiales a lo largo de la *Via Principalis*, y examinaba al par de legionarios que hacían guardia. Sus pulidas armaduras brillaban, sus lanzas eran perfectas líneas verticales, sus cuerpos estaban relajados en la protocolaria posición de descanso. La luz de las antorchas que ardían a cada lado dejaba sus rostros, medio ocultos por los cascos, en sombras.

Personalmente, Memnón pensaba que era una estupidez mantener antorchas encendidas durante las vigilancias nocturnas. Disponer de una luz cercana arruina la visión durante la noche y hace que no veas nada más allá de tu puesto. Sin embargo, suponía que, si mantenías el rostro en sombra, podías echar una cabezadita de pie sin que nadie se diera cuenta. Sonrió al pensarlo, y después se puso serio rápidamente. Incluso si aquellos dos estaban dormidos, seguramente se despertarían si lo escuchaban, y dudaba mucho que pudiera esquivarlos sin problemas a aquella hora de la noche. Sin duda sospecharían algo, y si lo registraban, y encontraban lo que llevaba encima, se pondrían furiosos. Sería arrestado y azotado, y seguramente también le darían una paliza a escondidas. Quizá incluso lo mataran.

Por otra parte, la noche estaba nublada, sin luna y oscura, y ninguno de los centinelas del perímetro del campamento lo había visto: aquel par de estatuas ceremoniales tampoco lo harían. Dirigió su atención a la estructura que estaban protegiendo.

Era una tienda, por supuesto. La legión Albana, cuya denominación correcta era la II Pártica, había marchado desde su base en los montes albanos, en el corazón de Italia, durmiendo en tiendas durante todo el viaje. Ahora que habían llegado a Britania, aquellas

tiendas mostraban algunas señales de desgaste. La tienda del cuartel general era grande y solemne, por supuesto: cuero aceitado, pintado de rojo, con pan de oro alrededor de la entrada, pero ninguna tienda de ese tamaño y extravagancia resistía sin resentirse dos meses de idas y venidas bajo todo tipo de climas. Además, la legión había llegado al campamento apenas tres días antes. No habían tenido tiempo de hacer demasiados remiendos, y reparar una tienda en la que nadie dormía no había sido una prioridad. El ojo experimentado de Memnón descubrió dos puntos en los que se había asegurado una costura abierta con una estaca adicional... y eso solo en la iluminada parte delantera de la tienda.

Se escabulló hasta la parte posterior de la tienda del oficial, se deslizó tras ésta y su vecina, y después se movió sigilosamente de nuevo hacia delante. Los centinelas se mantenían inmóviles, en sus puestos. Memnón sabía exactamente en qué medida bloqueaban aquellos elegantes cascos la vista lateral de quien los portaba, incluso a plena luz del día, y sonrió de nuevo mientras atravesaba silenciosamente el lodoso pasillo que era la *Via Principalis* del campamento. Los centinelas no lo vieron.

Cualquiera que estuviera familiarizado con las costumbres del ejército romano conocía la disposición del campamento legionario. El *principia*, el cuartel general, estaba en el centro, con el *praetorium*, la tienda del oficial al mando, a su lado. Memnón se deslizó entre los talleres apostados al sur del *principia*. A aquella hora de la noche todo estaba desierto, pero de todos modos se movió silenciosamente, manteniéndose en las sombras: nunca sabías cuándo podías toparse con algún soldado que se hubiera levantado para orinar. Se acercó de nuevo a la tienda del cuartel general desde el lado sur, que no tenía vigilancia, y se detuvo, forzando los ojos para examinar el oscuro cuero en la negra noche. Allí, contra la oscuridad, una grieta gris. Reptó hacia delante y la tocó, asegurándose de que el agujero era lo suficientemente grande para permitir el paso de un hombre pequeño. Tomó el enorme bulto que portaba y lo tiró a través de la abertura, y después se puso de rodillas y se adentró tras él.

El aire de la enorme tienda estaba viciado, y no había ningún sonido más allá de la propia y suave respiración de Memnón. Recogió su envoltorio y reptó silenciosamente hacia delante, con una mano extendida y los dedos de los pies flexionados en el interior

de las botas mientras buscaba algún obstáculo en cada paso. No había ninguno. De los centinelas, apenas a unos pasos de distancia al otro lado de las paredes de cuero, no llegaba ningún sonido: era como si tuviera todo el campamento para él solo. Después de tres pasos, sus dedos rozaron una abertura en la lona y pasó a través. Allí había una única lámpara de aceite colocada sobre un atril. Frente a ella, había un bosque de oro. Memnón se apresuró hacia delante, conteniendo el aliento.

La lámpara ardía sola ante la improvisada capilla de los estandartes de la legión. Las orgullosas banderas se alzaban ante ella; una amontonada hilera de oro y carmesí. El águila de la II Pártica estaba posada en el poste más alto, un magnífico pájaro trabajado en oro puro y coronado con laurel esmaltado. A su lado estaba el *signum*, con los retratos del Emperador y su familia. Una maraña de estandartes se hacinaba allí, como niños alrededor de los cabezas de familia, uno por cada cohorte de la legión. Y, al fondo, estaba lo que Memnón había estado buscando: el emblema de la II Pártica, un centauro de bronce dorado que se alzaba orgulloso en la cima de su alto poste. Una bandera de seda carmesí pendía debajo, con el nombre de la legión y el mismo centauro encabritado pintado en ella.

Memnón se acercó rápidamente al estandarte del centauro. Conteniendo el aliento, sacó el pesado e incómodo mástil de detrás de los demás y lo bajó cuidadosamente hasta el suelo. El retrato del Emperador, en el *signum*, parecía mirarlo con desaprobación, y Memnón sonrió y saludó marcialmente. Desató el estandarte de seda de la pieza cruzada de bronce que lo sostenía y lo enrolló, y después abrió la oscura tela que envolvía el bulto que había llevado con él. En el interior había otro rollo carmesí; de lino, por desgracia, ya que la seda era cara y difícil de conseguir, pero el color era razonablemente parecido. Colocó el estandarte de lino en el lugar que había ocupado el de seda, y se detuvo un momento para admirarlo.

La nueva bandera también tenía un centauro encabritado en ella, pero éste sostenía una jarra de vino y tenía a una mujer desnuda montada sobre su lomo. Estaba, pensó de nuevo Memnón, mucho mejor pintado que el original. Le gustaba especialmente la alegre mirada lasciva del rostro del centauro, y el modo en el que la cabeza de la mujer caía hacia atrás mientras se reía. Miró el *signum* de nuevo. El perfil del Emperador lo miraba con el ceño fruncido y los adus-

tos ojos oscuros brillantes sobre su rizada barba negra; su hijo, que, como coemperador, tenía un retrato justo debajo, tenía una mueca de disgusto. La Emperatriz, por su parte, parecía ligeramente divertida: sus enormes ojos sonreían y sus labios se curvaban hacia arriba. Memnón sonrió y le lanzó un beso con la mano. Cuidadosamente, inclinó la barra cruzada de bronce para que se formaran algunos pliegues en la tela: los suficientes para ocultar el dibujo, pero no tantos como para que el abanderado intentara tensarla. Con un poco de suerte, nadie se daría cuenta del cambio hasta que sacaran la bandera a cielo abierto; con mucha suerte, si alguien se daba cuenta no se sorprendería o desconcertaría tanto como para decir algo hasta que la legión formara a la mañana siguiente para la inspección de las tropas. ¡Oh, por favor!, rezó en silencio, imaginando a la arrogante legión Albana desfilando orgullosamente frente a los nobles reunidos con aquel centauro borracho retozando sobre sus cabezas.

Sería una buena broma, sin duda, incluso si los albanos notaban el cambio inmediatamente. Se imaginó el alboroto, los coléricos oficiales, los balbuceantes centinelas, la frenética búsqueda del estandarte original. Seguramente, terminarían saliendo a desfilarse tarde, y sin su bandera... y entonces todo el mundo querría saber por qué. ¡Sí! ¡Así pagaría la legión por el modo en el que habían tratado a la unidad de Memnón, a esas espléndidas tropas auxiliares, los Mauritanos Aurelianos!

Levantó el estandarte del centauro y lo colocó de nuevo en su lugar, y después envolvió el estandarte de seda de la legión en la vieja tela oscura, y salió sigilosamente de la tienda. Lo escondería en algún lugar seguro antes de salir del campamento.

Todas las tropas tenían que pasar revista a la mañana siguiente, no sólo la legión. El Emperador había reunido a un poderoso ejército para someter a los problemáticos bárbaros del norte de Britania, y durante los meses anteriores habían llegado al campamento provisional, en las afueras de la capital de la provincia, Londinium, soldados de todo el Imperio. La legión Albana había acompañado al Emperador, y por eso había sido la última en llegar. En aquel momento, a finales de septiembre, todos estaban ya allí, así que el Emperador inspeccionaría a las tropas que había convocado desde el

otro lado del océano. La II Pártica sería la primera en desfilar, por supuesto: era, como todo el mundo sabía, la favorita del Emperador. Los destacamentos enviados de otras legiones la seguirían en orden de importancia, y las fuerzas auxiliares los seguirían a ellos de acuerdo a un arcano orden de prioridad.

El *numerus* de Mauritanos Aurelianos formaba parte de la caballería irregular, y por eso marcharía casi al final del desfile. Memnón no vio ninguna razón para levantarse temprano: dudaba que desfilaran antes de la última hora de la tarde. Al alba, sin embargo, Valerio Rogato, el prefecto, pasó por las tiendas golpeando la lona de las entradas con su fusta.

—¡Arriba, chicos! —gritó—. ¡Arriba, arriba, arriba! ¡Fiiiiirmes!

Los hombres gruñeron, pero salieron obedientemente de sus tiendas a la nublada luz del amanecer de septiembre. Se reunieron en somnolientos escuadrones de treinta hombres, desaliñados y sucios, poniéndose las botas mientras ocupaban sus lugares. Memnón se puso firme a trompicones junto a sus compañeros de tienda, bostezando y dolorido.

Rogato se detuvo en el centro del campamento y miró a su alrededor con desagrado. Era un hombre delgado, de cabello cano y unos sesenta años; criado en la ciudad, como la mayoría de los oficiales, y con la piel bronceada de la costa mauritana en lugar del color más oscuro de las zonas más sureñas. Había servido con los Mauritanos Aurelianos desde su fundación, aunque había sido ascendido a un puesto de mando apenas tres años antes. En unidades más prestigiosas, tal promoción habría sido inusitada: generalmente, el gobernador de la provincia elegía a los prefectos de entre el montón de ambiciosos hombres de rango que habitualmente lo acosaban. Sin embargo, nadie se había molestado en asediarlo por el puesto de prefecto de los mauritanos, así que Rogato consiguió el trabajo. En general, sus hombres estaban encantados con él. Era cierto que era un viejo bastardo, estricto y sin sentido del humor, pero era astuto, y no había duda de su devoción por el *numerus*.

Flanqueándolo estaban sus oficiales, los diez decuriones de la unidad, la mayor parte de los mismos con aspecto de tener tanto sueño como el propio Memnón. Algunos ni siquiera llevaban el fajín rojo que señalaba su rango. Saturnino, sin embargo, el decurión del primer escuadrón, y superior inmediato de Memnón, estaba totalmente vestido e inmaculado, como el prefecto. Seguramente habían

acordado despertarlos los dos juntos. Eran uña y carne, aquellos dos.

—¡Hoy veremos al Emperador en persona —gritó Rogato, alzando la voz para que todo el mundo pudiera oírlo—, así que quiero que parezcáis soldados!

Memnón pensó que ya parecían soldados: flacos, bravucones y sucios. La unidad había sido fundada hacía treinta y siete años; caballería de avanzada y hostigadores especialmente elegidos para el servicio en la frontera del Danubio. Poco a poco, se habían unido a ellos nuevos reclutas de Mauritania, reemplazando a los hombres retirados o muertos, pero la unidad había permanecido constantemente en la frontera del Imperio. Era posible que, durante un par de años, no hubiera entrado en batalla, pero estos habrían sido la excepción. Los mauritanos eran una unidad pequeña, poco más de trescientos hombres, solo tres quintos de la fuerza de una escuadrilla de caballería normal, pero eran los mejores, pensó Memnón orgullosamente.

Sin embargo, Valerio Rogato no parecía impresionado con ellos. Miró a su alrededor y tornó los ojos hacia el cielo.

—¡Por Juno Caelestis! —exclamó—. ¿Es que acabáis de salir arrastrándoos de un burdel germano? ¡No me extraña que la legión se queje de los «sucios mauritanos»!

Aquello provocó una muda punzada de indignación. La legión Albana, efectivamente, se había quejado sobre los «sucios mauritanos»... concretamente porque el campamento de los mauritanos estaba río arriba del que alojaba a los albanos. «¡Esos sucios mauritanos y sus horribles caballitos emponzoñarán nuestra agua!», se contaba que había dicho el prefecto del campamento de la legión. Para apaciguar a los legionarios, los mauritanos fueron trasladados a un lugar lejos del agua fresca, más expuesto, y en general menos conveniente. Estaban furiosos por ello. Así que, ¿qué pasaba si no estaban tan limpios y fragantes como las elegantes tropas de la capital? Ellos también eran soldados de Roma; ¡habían luchado para proteger la frontera!

—¡Vosotros —continuó Rogato, girándose lentamente sobre sus talones para examinarlos a todos— hacéis que parezca que aquel bastardo tuviera razón!

Eso produjo otra punzada silenciosa, esta vez de desconcierto. Estaba claro que no eran demasiado asiduos a lavarse, pero llevaban

días preparándose para la inspección de tropas. La suciedad de aquella mañana desaparecería rápidamente, y todo lo necesario para el desfile estaba preparado. Memnón decidió, en un repentino brote de empatía, que Rogato solo estaba preocupado. La calumnia vertida sobre sus hombres le había dolido, y quería asegurarse de que no había un solo detalle que pudiera dar a cualquier otra unidad una excusa para mofarse de ellos.

El prefecto hizo una pausa en su inspección, y su mirada cayó sobre Memnón.

—¡Tú! —ladró.

Memnón se enderezó, golpeando el lodoso suelo con el talón derecho.

—¡Señor!

—¡Estás hecho un puerco, explorador! —dijo Rogato con enojo. Memnón se miró y vio que era cierto; efectivamente, se había manchado de barro al entrar y salir del campamento albano. No se había molestado en lavarse cuando volvió; se derrumbó en su saco de dormir, confiado, porque sabía que su ropa para el desfile estaba limpia.

En ese momento, Rogato se dio cuenta de que quizá había cometido un error. Un hombre no se llena de barro la frente, las rodillas y los codos haciendo tareas por el campamento.

—¡Ve a limpiarte! —ordenó prudentemente, decidiendo no seguir con el asunto—. ¡Y los demás, lavaos también! ¡Vamos a demostrar a este ejército que los mauritanos de Aureliano somos más pulcros que esos legionarios fanfarrones!

El campamento se disolvió en un ir y venir de preparativos. Saturnino, sin embargo, detuvo a Memnón antes de que éste hubiera dado tres pasos.

—¿Qué has estado haciendo hasta ahora? —le preguntó.

Memnón lo miró con inocentes ojos sorprendidos.

—¿Señor?

Saturnino resopló. Habían preparado el estandarte del borracho en la tienda de Memnón, en secreto, pero ni Memnón ni ninguno de sus compañeros se habían sentido capaces de hacer la pintura. Para eso habían traído a Céler, del escuadrón de Donato. Céler era un buen pintor, pero era incapaz de mantener la boca cerrada, y la mayor parte del *numerus* había pasado por la tienda para admirar su trabajo. Saturnino habría tenido que ser ciego y estúpido para no

saber que estaba pasando algo. Y no era ni lo uno ni lo otro: era un hombre sagaz con treinta años de experiencia en el mundo militar.

—La legión Albana —dijo Saturnino, en voz baja— es la legión del Emperador. Su comandante es el prefecto pretoriano. Si ocurre algo que lo avergüence querrá que el hombre responsable sea azotado, y si nos piden que les entreguemos a cierto explorador extranjero de rostro negro, no tendremos más remedio que hacerlo.

Memnón mantuvo una expresión de desconcertada atención en su negro rostro extranjero. Había dejado la bandera de seda escondida en un montón de leña en el interior del campamento albano; los oficiales de la legión sospecharían primero de los propios legionarios.

Saturnino tocó su brazo.

—No me gustaría ver cómo azotan a nuestro mejor explorador.

—A mí tampoco, señor —dijo Memnón, sinceramente.

Los ojos de Saturnino escudriñaron los suyos un momento. Después, el decurión suspiró.

—Un día, Memnón, te pillarán. Puedes irte, entonces... Lávate.

El *numerus* pasó el resto de la mañana intentando estar tan limpio y brillante como los hombres de una legión normal. Memnón decidió que era una empresa condenada al fracaso desde el principio. Los mauritanos, sencillamente, no tenían tantas cosas que pudieran ser abrigadas como los legionarios. Cualquier legionario portaba una coraza, un casco, escudo, lanza, jabalina, espada y cinturones varios. Un soldado de caballería mauritano tiene dos jabalinas y un cuchillo: como toda la caballería ligera africana, no llevaban armadura. Tampoco podían compensar la falta de metal brillante llevando la atención a los arreos de sus caballos. Los pequeños caballos del desierto se montaban a pelo y sin bridas, refrenados por una cuerda alrededor del cuello y guiados por el roce de una sencilla vara. E incluso al soldado más creativo le resultaría difícil adornar una fusta.

Aun así, lo intentaron. El estandarte de la unidad, un banderín blanco y largo coronado por una estrella dorada, había sido lavado el día anterior. La estrella, de ocho puntas y rodeada por un halo, era uno de los símbolos de la diosa Juno Caelestis, patrona divina de la provincia de Mauritania y protectora de la unidad. En aquel momento estaban ungiéndola con aceite y asegurando bajo la estrella el retrato del emperador Marco Aurelio, el fundador de quien recibieron su nombre los mauritanos.



Una vez terminado el trabajo con los estandartes, los hombres se dirigieron a sus caballos. La noche anterior habían trenzado cordones rojos y blancos en las crines y colas de los animales; entonces cepillaron a sus sorprendidas monturas hasta que sus pelajes brillaron, y barnizaron sus cascos con aceite y hollín. Mientras tanto, calentaron agua en las grandes calderas del campamento y, después de terminar con los caballos, todos se lavaron y se pusieron las túnicas para el desfile. Hubo un debate sobre qué más ponerse: aquellas prendas, amplias camisas hasta las rodillas de un delicado lino blanqueado, con amplias cenefas decoradas en rojo, habían sido diseñadas para el norte de África, no para el otoño britano, y el día estaba nublado y amenazaba lluvia. En el Danubio todos se habían acostumbrado al uso de pantalones y capas. Sin embargo, se decidió que, para mayor gloria, soportarían el frío.

Todos tenían agujeros en las orejas, una costumbre que estaba ampliamente extendida entre los hombres de los desiertos del norte de África, así que se aseguraron de que tenían el pendiente de oro con forma de estrella para la oreja derecha que el *numerus* había adoptado hacía mucho como su insignia no oficial. La mayor parte de los hombres procedían de las montañas y llanuras del sureste de Mauritania, y se engalanaron a la manera tradicional de sus tribus, trenzando su largo cabello negro en elaborados bucles y embelleciéndose con ornamentos dorados. Otro tercio del *numerus* pertenecía a las tribus más allá de la frontera sur de la provincia romana. Ellos, también, se prepararon como si fueran a acudir a una boda, aceitando su cabello y recogéndolo, y pintándose los párpados de azul. Sacaron arrugadas pieles de leopardo y león y se las colocaron sobre las túnicas, o las sujetaron bajo el carcaj; aseguraron sus muñequeras de marfil con correas de cuero rojo.

Memnón venía de aun más al sur, uno de los pocos de la unidad que pertenecía a las tribus denominadas “etíopes occidentales”: gente que no solo era negra, sino negra y con el cabello lanoso. Al ver a sus camaradas preparándose para el desfile, se sintió repentinamente excluido. Su propio pueblo, los tubu, solía pintarse con ocre y tiza para las ocasiones especiales, pero él sabía que en aquel momento no lo haría.

Lo sobrecogió un súbito y vívido recuerdo de su padre, con la mitad del rostro rojo y la otra mitad blanca, riéndose al tiempo que bailaba en una fiesta mientras las mujeres cantaban y daban palmadas.

Como todos los recuerdos de su infancia, aquello le provocó una punzada de dolor. Todos ellos estaban muertos, toda aquella gente, y sus huesos habían sido enterrados bajo las arenas del desierto. Jugueteeó con su único pendiente, intentando alejar el recuerdo. Ya no era el chico que había sido... Wajjaj, hijo de Lianja, del pueblo tubu. Él era Memnón, explorador del primer escuadrón de los Mauritanos Aurelianos.

*Piensa sobre la broma, sí; piensa en el estandarte del borracho. Eso es mucho mejor que recordar el pasado.*

Su compañero de tienda, un masesilo llamado Víctor, se acercó a él, sonriendo.

—¡Toma! —dijo, colocando un brazalete de oro en la mano de Memnón— Te lo presto.

Memnón miró el aro dorado, y después sus antebrazos desnudos. Normalmente, intentaba ser tan discreto como fuera posible, como correspondía al mejor explorador de la unidad. Vestía con sencillez, llevaba el cabello muy corto y evitaba las joyas, ya que éstas podían engancharse en la maleza o traicionar su presencia ante un enemigo al reflejar la luz. Cuando estaba explorando incluso se quitaba el pendiente, y pintaba de negro la hoja de su cuchillo. Por otra parte, no podía decepcionar al *numerus* mostrándose andrajoso en el desfile.

—Gracias —contestó a Víctor, y deslizó la espiral dorada en su brazo.

—Te prestaré otro para el otro brazo —dijo Himilis, otro de sus compañeros de tienda, y sonrió—. Con un poco de ayuda podrías parecer casi humano.

—Gracias —dijo Memnón de nuevo, esta vez intentando sonreír—. Viniendo de ti, Himilis, eso es un verdadero cumplido. Todo el trabajo que has llevado a cabo para parecer humano tú mismo te convierte en un experto en la materia.

Víctor se rió, y Himilis puso los ojos en blanco.

Aquella noche, Memnón se retiró a su tienda totalmente feliz.

No era que el día hubiera sido perfecto. A mediodía había comenzado a llover, y para cuando la unidad tomó por fin su turno en el desfile, a última hora de la tarde, sus adornos estaban mojados y echados a perder: sus mejores túnicas, las estrellas de oro, el ca-

bello trenzado, las pieles de león, y todo lo demás. Cuando volvieron tiritando a su campamento no había ningún sitio a resguardo donde tender las cosas para que se secaran. Tuvieron que tender la ropa del desfile bajo el techo de sus tiendas, disminuyendo aun más el ya abarrotado espacio, y añadiendo más humedad al interior, viciado ya por los hombres que se acurrucaban completamente mojados.

Sin embargo, aquello no importaba. La legión Albana había marchado todo el camino hasta el campo del desfile antes de descubrir que habían cambiado su estandarte; y lo que era peor, entonces se habían disuelto consternados y soltándose recriminaciones, demostrando todo el desfile y atrayendo la atención de todo el mundo, incluyendo al Emperador. La mitad del ejército saludaba ya a la legión Albana simulando beber de una jarra, y sus oficiales estaban a punto de sufrir un ataque. Los mauritanos, encantados, habían bañado a Memnón en vino y confites.

Mientras la oscuridad caía sobre ellos, el etíope se sentó en su saco de dormir, con la cabeza rozando las ropas húmedas que tenía encima, y compartió los regalos con sus compañeros de tienda. Éstas, normalmente, albergaban a seis hombres, pero uno de ellos, Casto, estaba de guardia. Aún lloviznaba, y las gotas caían débilmente contra el techo de cuero. El concentrado calor corporal de los hombres del interior mantenía a raya el frío del otoño, y la paja del suelo conservaba secas las camas. La tienda podía ser oscura, y quizá apestaba a cuero húmedo, a paja sucia, a ropa de lana sudada y a jinetes cubiertos de lodo, pero era cómoda y cálida.

—He oído que la Emperatriz se rió —dijo Víctor, tomando un trago de la botella de vino. Seguían hablando sobre el estandarte, aunque había sido el principal tema de conversación del ejército durante toda la tarde.

—Y una de sus damas lo guardó —dijo Honoratus, cogiendo la botella.

Todos habían visto a la familia imperial mientras desfilaban... y había sido una visión gloriosa. Las tropas habían construido un palco: una plataforma de madera cuadrangular forrada de púrpura y protegida del sol por un toldo escarlata. La guardia pretoriana se había mantenido en apretadas filas a su alrededor, rodeándolo con vivo carmesí, oro y el brillo de las armaduras. Elevados sobre los demás como dioses, sentados en tronos de marfil y oro, habían es-

tado los emperadores: Septimio Severo y su hijo, Aurelio Antonino. Sus armaduras eran doradas y brillaban bajo la luz, y sus pesadas capas eran un rico mar de púrpura. La famosa barba rizada del Emperador era blanca, no del negro azabache de su retrato en el *signum*, y el ceñudo y familiar rostro que aparecía en un millar de monedas y estatuas estaba hinchado y tenso, pero el hombre era reconocible. Septimio Severo Augusto, conquistador de Partia, Arabia y Adiabena; ¡señor del mundo! Su hijo estaba a su lado, joven y vigoroso, con el cabello negro y rizado y el rostro orgulloso: la promesa de un futuro seguro para el Imperio.

La emperatriz Julia Domna se sentaba un poco más atrás, entre su esposo y su hijo, rodeada por una multitud de elegantes damas; y una de ellas sostenía, efectivamente, un rollo de tela teñida de un familiar tono carmesí.

—Sostenía algo rojo, es cierto —asintió Himilis.

—Era el estandarte enrollado, seguro —dijo Kahena, y extendió una pierna para empujar a Memnón con la punta del pie descalzo—. ¡Es posible que, justo ahora, nuestra bandera esté colgada en la habitación de la Emperatriz! —se regodeó.

Memnón sonrió para sí mismo en la oscuridad. Tenía un vívido recuerdo de la chica que sostenía el estandarte: una alta y elegante criatura de ojos oscuros cubierta por una larga capa de seda gris. Cogió un higo seco, y dijo:

—Quizá esa hermosa dama quiera quedársela.

—Ésa era una esclava —objetó Honorato—. No podría quedársela a menos que la Emperatriz le permitiera que lo hiciera.

Los demás se quedaron en silencio un momento, digiriéndolo. Honorato sabía más de aquellas cosas que los demás. Era un ciudadano romano, y había crecido en Cesarea, la capital de la Mauritania Cesariense. No había muchos como él en la unidad. Los ciudadanos romanos que se enrolaban en el ejército generalmente se unían a una legión, e incluso los provincianos normales preferían las tropas regulares a las auxiliares. Honorato, sin embargo, era soldado de caballería por vocación: había rechazado a la legión por tratarse de infantería, y eligió a los mauritanos debido a su habilidad con los caballos. Su elección había sido premiada con una designación inmediata como *optio*, o segundo al mando en el escuadrón, aunque en los pobres mauritanos esto sólo significaba que cobraba algo más, y que estaba obligado a compartir una tienda como cual-

quier otro soldado. Sin embargo, sus compañeros le guardaban respeto, y se sentían agradecidos por su conocimiento superior.

—Iba vestida como una dama rica —objetó Memnón, al final.

—Las esclavas de la familia del César *son* ricas —dijo Honorato, con confianza—. ¿No os acordáis de Menófilo?

Una oleada de reconocimiento recorrió la tienda.

—¡Ése bastardo lameculos! —exclamó Víctor, con resentimiento.

—¡Él no es un esclavo! —protestó Kahena.

—Lo es —contestó Honorato—. ¿No lo sabías?

—¡Pero si él mismo tiene esclavos a montones!

—Claro. Es de la casa del César. Le pagan unas veinte veces lo que cobramos nosotros.

—¿Le pagan? —preguntó Kahena—. ¿Por qué iban a pagar a un esclavo?

—Porque es el esclavo del Emperador —dijo Honorato—. Su señor es el dueño del Imperio, y él ayuda en la administración de las propiedades de su señor. No es como ser el cabrero de alguien, ¿no?

—Los libertos del Emperador se ocupan de todo —comentó Víctor, pensativamente—. Nuestro señor Severo los tiene atados en corto, pero aun así son ellos quienes controlan todo el dinero. Eso es lo que se dice, en cualquier caso.

—Eso es verdad —asintió Honorato—. Y los libertos del Emperador no son más que esclavos que han sido ascendidos. Así es como funciona la casa del César: naces como esclavo, pero te haces rico y acabas dando órdenes a hombres libres... Y cuando cumples treinta o cuarenta años te conceden la libertad, y entonces te ocupas de los asuntos del Imperio.

—Entonces, ¿la hermosa chica que llevaba mi estandarte era una esclava? —preguntó Memnón, volviendo al tema que más le interesaba—. ¿Una esclava, y una rica dama a la vez?

—Seguramente —contestó Honorato.

—¿Era hermosa? —preguntó Víctor—. No me fijé.

—Hermosa como una palmera joven —le informó Memnón—. ¿No eran un regalo para los ojos, la Emperatriz y sus damas? O sus esclavas, si es eso lo que eran.

Cerró los ojos y recordó la escena de nuevo: la Emperatriz sentada en su trono entre los dos emperadores, con perlas cayendo

de sus orejas y joyas brillando contra su pecho envuelto en púrpura; las elegantes mujeres vestidas de seda junto a ella, y la más joven y hermosa sosteniendo su estandarte bajo el brazo. Sonrió de nuevo para sí mismo.

—¡Fue increíble! —exclamó calurosamente—. Fue increíble ver a la Emperatriz de los romanos, ¿eh?

En la tienda se produjo un murmullo de asentimiento.

—¡Creo que ni el viejo Rogato había visto a la Emperatriz antes! —dijo Víctor.

En el exterior de la tienda se escucharon pisadas.

—¿Casto? —llamó Himilis, esperando el regreso del centinela.

—No —dijo una voz conocida, y todos los hombres se tensaron, alarmados.

La lona de la tienda se abrió para revelar a Rogato, el prefecto, sosteniendo una lámpara. Frunció el ceño y les hizo una señal para que lo dejaran pasar, de modo que los compañeros de tienda retrocedieron a regañadientes. Rogato entró agachado y se movió hacia un lateral, apartando con el pie algunas de las camas para no dejar un rastro de fango sobre ellas. Saturnino, el decurión, que había estado sosteniendo la lona para que pasara el prefecto, entró tras él y se acomodó frente a su superior. Rogato dejó la lámpara en el centro de la tienda tras apartar la paja del suelo cuidadosamente. Miró a los inquietos moradores de la tienda, y después permitió que su severa mirada se posara en Memnón.

—Explorador —dijo.

—¡Señor! —contestó Memnón, intentando ponerse firme mientras continuaba sentado en una abarrotada tienda con la cabeza empujando un montón de túnicas húmedas.

—No voy a hacerte ninguna pregunta —dijo Rogato. La luz de la lámpara brillaba en su cabello blanco; bajo aquel halo brillante, su rostro de bronce no tenía expresión, y sus ojos eran como pozos negros—. Sólo voy a decir que el Emperador en persona ha ordenado al prefecto pretoriano que encuentre a quien manipuló el estandarte de la II Pártica. El prefecto, a su vez, ha referido el asunto al Comisario del Grano.

Se produjo un momento de sorprendido silencio. “Comisario del Grano” quizá era un título que parecía inofensivo, pero solo una parte de su trabajo tenía que ver con el grano: hasta los extranjeros de las fronteras del Imperio lo sabían. Los agentes del Comi-

sariado eran los espías del Emperador, responsables de detectar y suprimir a los traidores.

Rogato extendió su fusta, y tocó una de las botellas de vino sin abrir que estaban en el centro de la tienda.

—¿Qué es todo esto? —preguntó. La fusta se movió hasta el frasco abierto de higos secos a su lado. Kahena escondió el vino abierto a su espalda, y Rogato le lanzó una mirada de disgusto.

—Hoy es un día de fiesta para mí, señor —le informó Memnón, con seriedad—. Es la festividad de la cosecha para los tubu. Algunos de los chicos me han hecho regalos para ayudarme a celebrarlo.

—¡Oh, claro! —dijo Rogato—. Bueno, supongo que no hay nadie en el ejército que pueda contradecir eso: podría ser. —Hizo una pausa, y después continuó—: Por el momento, el comisario sospecha de los legionarios de la II Pártica, porque los centinelas que patrullaban el perímetro de su campamento juran que nadie pudo haber pasado ante ellos.

Memnón no pudo suprimir totalmente una sonrisa.

—Aparentemente, la tienda de su cuartel general también estaba vigilada —continuó Rogato—, así que la teoría es que sólo pudo cambiar el estandarte alguien que tuviera acceso a él. Sin embargo, ya que los estandartes han estado allí desde que la legión llegó, y que media legión ha estado entrando y saliendo de esa tienda por una razón u otra, eso no ayuda demasiado a la investigación. De hecho, no pensaría que esto pudiera causarnos problemas... de no ser porque existe el rumor de que fue uno de los nuestros el que manipuló la bandera de la legión. —La oscura mirada del prefecto parecía concentrada en una llama—. Uno de esos malditos agentes del Comisariado acaba de estar aquí, y me ha ordenado que haga algunas preguntas al respecto.

Se produjo un silencio. Memnón sintió un súbito y mareante temor a que lo detuvieran inmediatamente, lo interrogaran y después lo arrojaran a una celda. Tragó saliva.

—Por supuesto, informaré de que he investigado el rumor —continuó por fin Rogato—, y de que he descubierto que no era nada. Añadiré que todos mis hombres han estado confinados en nuestro propio campamento durante la noche, y que ninguno de nosotros ha tenido acceso al campamento de la II Pártica ni siquiera durante el día. Obviamente, nadie de mi unidad tuvo la oportunidad de manipular sus estandartes.

—No, señor —dijo Memnón, agradecido.

—No le diré al agente —continuó Rogato— que uno de los hombres que no pudo haber tocado esa bandera, una vez se deslizó a través de un ejército cuado sin ser detectado.

—No, señor —dijo Memnón, y tragó saliva de nuevo.

—Ésta ha sido una broma estúpida, explorador —le dijo Rogato, con enfado—. Los estandartes son cosas sagradas.

—Sí, señor.

—Y en cuanto a ti, *optio* —dijo Rogato, girándose para mirar a Honorato—, se supone que debes mantener a raya a los alborotadores... ¡no ayudarlos!

Honorato abrió la boca, y después la cerró de nuevo.

—Sí, señor.

—Os pondría a los dos a limpiar letrinas esta noche, pero parece ser que vuestro decurión tiene otros planes para el explorador. ¿Saturnino?

—¡Señor! —contestó Saturnino, sonriendo maliciosamente.

—Transmítele la orden. —Rogato comenzó a levantarse, se dio en la cabeza con las ropas mojadas, gruñó, se agachó, y salió de la tienda dejando la lámpara atrás.

Saturnino dirigió su malvada sonrisa a Memnón.

—Tenemos que enviar a un mensajero a nuestro acuartelamiento de invierno —anunció—. Te ha tocado a ti.

—¿Señor?

—Ahora que el Emperador nos ha pasado revista, vamos a movernos hacia el norte. Pasaremos el invierno en un fortín llamado Aballava. Irás hasta allí, le dirás a las tropas que ya hay allí que vamos de camino, echarás un vistazo a las instalaciones, y cuando hayas terminado volverás para informar dondequiera que estemos.

Memnón se quedó mirándolo fijamente. Generalmente, ese tipo de tarea se encargaba a un romano letrado como Honorato. A los mensajeros se les entregaba un itinerario escrito para que lo siguieran en su viaje, y Memnón no sabía leer. No conocía nada de Britania excepto aquel campamento lodoso. No tenía ni idea de cómo se suponía que iba a encontrar un fortín en concreto en una enorme provincia desconocida llena de fortificaciones. No temía perderse, estaba seguro de que siempre podría volver sobre sus pasos, pero encontrar un destino lejano era otra cosa.

Comprendía perfectamente bien que aquella misión era el modo



de Rogato de mantenerlo lejos de la investigación del Comisariado, pero había una clara posibilidad de que también fuera un castigo por lo que había pasado. Vagabundear a lo largo y ancho de aquella húmeda y fangosa isla mientras el otoño avanzaba, preguntando por todas partes por Aballava, parecía un castigo bastante severo.

—Algunas unidades más están enviando a sus propios hombres a los acuartelamientos de invierno —continuó Saturnino, después de dejarle tiempo para que se preocupara de verdad—. Cabalgarás con ellos durante la mayor parte del camino. Te daré las órdenes escritas por la mañana. —Se incorporó y sonrió maliciosamente una vez más—. Si fuera tú, yo terminaría esta celebración de la cosecha ya. Tendrás que levantarte temprano para prepararte para el viaje.